

ra encumbrarlos, no les ha exigido sino dos cualidades: sumisión incondicional a la Dictadura y carencia hasta del más ligero escrúpulo para tiranizar. Todos los Gobernadores llenan las condiciones exigidas: son obedientes como un perro para con el Dictador, y feroces como un tigre para con el pueblo. Darlos a conocer uno por uno, publicar su historia, sus crímenes, sus corrupciones, sería imposible en las dimensiones del presente MANIFIESTO. Pero por lo que la prensa independiente publica desde años, tenemos lo bastante para saber que el Dictador ha colocado al frente de todos los Estados, a hombres de la más ínfima escoria, aventureros, antiguos salteadores, soldados de ocasión, seres, en suma, ignorantes, rudos, casi primitivos, propios para ser instrumentos ciegos de una voluntad superior. Hay también algunos que parecen ilustrados y hasta tienen títulos profesionales, pero tal circunstancia resulta a la postre agravante, porque estos, como los primeros, son igualmente ciegos para obedecer y brutales para oprimir.

Estos tiranuelos, con la condición de servir bien al Autócrata, tienen garantizada la impunidad para cometer toda clase de crímenes y atentados, y a su vez garantizan esa impunidad a sus inferiores a cambio de igual sumisión. Por eso en México los individuos investidos de alguna autoridad, abusan de ella hasta lo inaudito, roban, matan, violan, sin la menor responsabilidad, y por eso el pueblo gime miserable y azotado, mientras la tiranía se yergue floreciente. Los opresores, ligados del primero al último por el lazo de complicidades, de servicios mutuos y mutuas complacencias, reinan fácilmente por su solidaridad inquebrantable, sobre el pueblo desunido y disperso.

Las Legislaturas y los Tribunales de los Estados los integran lacayos a gusto de los respectivos Gobernadores, y las designaciones que estos hacen son conocidas y aceptadas o reformadas por el Autócrata. Hasta los más humildes Municipios son constituidos a capricho del Gobierno y no por elección popular.

¿Cuáles han sido las consecuencias sociales de semejante género de gobierno? Cualquiera las ve y las palpa. Son: miseria pública, ignorancia popular, abatimiento general, lo suficiente para que el más optimista confiese que estamos en el colmo de la ruina. Ruina, sí, ruina espantosa que si es negada por la Dictadura para seguirnos engañando, debe ser reconocida por nosotros para buscar el modo de remediarla. ¿Somos acaso un pueblo ilustrado, rico, formado por ciudadanos ejemplares? No lo somos, y debemos confesarlo lealmente aunque la confesión nos amargue los labios; no lo somos es verdad, pero podemos serlo si lo procuramos con viril decisión. La contemplación de nuestros infortunios, lejos de abatirnos, debe darnos aliento para la lucha por la redención, lucha que debemos ya emprender; porque si la retardamos hasta que una desesperación suprema nos impulse a ella, tal vez sean estériles nuestros esfuerzos, tal vez miremos dibujarse en el horizonte pavoroso, estas, desconsoladoras palabras: ¡es tarde!

La ruina crece de día en día, nos aplasta, nos ahoga. El reducido grupo de los que oprimen y explotan, extrema cada día más su crueldad y su ambición, insolentado por la impunidad en que lo ha dejado el pueblo durante treinta años. El esclavista, el encomendero, el señor feudal de otros tiempos resucitan al calor de la Dictadura, y esos anacronismos horribles se multiplican, desafiando la civilización y las luces del siglo XX.

No puede darse división territorial más imperfecta que la de México. Allí encontramos que un hombre solo, tiene acaparadas extensiones inmensas de terreno que no cultiva ni deja libre para que otros lo cultiven. Y menos mal si esta imperfección dependiera de antiguas raíces, de pasados males que simplemente hubieran quedado sin corregirse. No es así; en gran parte, la culpa corresponde a la época de Porfirio Díaz y la rapacidad de sus parciales. El Dictador, para premiar a los que lo ayudaron a encumbrarse, les regaló, sin método ni cuidado, enormes porciones de terrenos baldíos, disponiendo para fines particulares de los bienes de la Nación. Los favoritos del tirano, no contentos con lo adquirido, aumentaron su propiedad despojando a sus colindantes, y aquellos de los favoritos que no obtuvieron tierras en el primer reparto, buscaron a quien despojar y se apoderaron descaradamente de ajenas propiedades, con el apoyo de autoridades fieles al Dictador. Como siempre, las víctimas de estos despojos fueron de la clase más

humilde y más desamparada. Muchos indígenas, que poseían pequeños terrenos desde tiempos inmemoriales, fueron robados y los siguen siendo, en provecho de los cupuncos de Díaz. La pequeña propiedad, tan benéfica a los pueblos, ha ido desapareciendo en México, devorada por los acaparadores.

La mejor prueba de que la Dictadura ha producido tal estado de cosas, es que todos los tuxtepecanos que hoy tienen grandes propiedades no las poseían antes de la caída de Lerdo. Son ricos improvisados; sus fortunas se levantaron en un día, por el robo brutal y no por el dilatado esfuerzo del trabajo. Así han llegado a ser poderosos capitalistas los funcionarios de esta época, cuyas riquezas representan la ruina de muchos pequeños propietarios y la desaparición de muchas fortunas modestas. El volumen de la riqueza criminalmente acaparada por los funcionarios desde Díaz hasta los últimos caciques, es enorme. Si esa riqueza hubiera quedado entre los antiguos poseedores y hubiera seguido su evolución natural, expansiva, en vez de ser encauzada forzadamente hacia un solo punto (el bolsillo de los tiranos), los que hoy la disfrutaran no serían unos cuantos tándoleros, sino millares de ciudadanos que con su prosperidad personal, formarían la de la Nación.

En México el trabajo es profundamente despreciado, porque no se le considera factor de la riqueza. Se considera mejor y más fácil enriquecerse por medio del poder, robando a los demás, que trabajando. Las clases trabajadoras han quedado reducidas a una condición espantosamente miserable: la tiranía les priva de todos los derechos, las hace ignorantes y miedosas, las convierte en turbas de ilotas desamparados. Entonces viene el capitalista, amigo del Gobierno, y toma a su servicio a esos parias, a veces sin pagarles y a veces pagándoles ínfimos jornales por su trabajo. ¿Qué hace el paria ante la odiosa explotación que sufre, qué hace cuando el poder y el dinero se coaligan contra su debilidad y su pobreza? Se somete, se resigna a vivir como víctima, y va almacenando en su pecho amarguras inmensas que tarde o temprano tienen que estallar.

Todos los capitalistas, con rarísimas excepciones, son amigos de la Dictadura é imitadores de su rapacidad. No hay labor en que el trabajador mexicano sea siquiera regularmente pagado. En todas partes se le roba: en la mina, en la Fábrica, en el campo. Trabaja doce horas ó más, por jornales de \$0.75 y mucho menos. Y por feliz se daría si percibiera íntegro el jornal que tiene asignado, no percibe sino una parte de él, porque las compañías para las que trabaja, le deducen de sus miseros alcances un tanto por ciento para infinidad de cosas inútiles: para un médico que nunca les sirve, para el culto católico que los embrutece, para tal ó cual fiesta en que no se divierten, etc. etc. También les deducen lo que deben a la tienda de raya, que siempre es demasiado, pues en esa tienda se les cargan a precios elevadísimos los peores efectos. Es muy frecuente que los trabajadores, después de una semana de privaciones y fatigas, todavía resulten adeudados con sus explotadores. Hay partes en que a todos estos males, se agrega el de no hacer los pagos con moneda corriente, sino con boletas que representan cierta cantidad y sólo son aceptadas en la tienda de raya a cambio de pésimas mercancías. El trabajador que necesita dinero en efectivo, y no hay quien deje de necesitarlo, sólo puede procurárselo dando sus boletas con descuentos enormes, que representan una gran pérdida para sus insignificantes haberes. En resumen, el jornal del trabajador con ser demasiado bajo, se reduce hasta lo más ínfimo con tantas contribuciones, descuentos y deudas, que son verdaderos latrocinios.

Las tiendas de raya han arruinado a multitud de comerciantes establecidos en las cercanías de las fábricas ó en los minerales. Las grandes negociaciones pagan a sus obreros por semanas, quincenas y aun mensualidades vencidas y los obligan así a pedir fiado lo que necesitan para vivir. Las tiendas de raya fían, en la seguridad de no perder, pues la misma negociación descuenta a los operarios, el día de pago, lo que adeudan a la tienda. Poco ó nada alcanzan los trabajadores, después de las deducciones de costumbre, y por tanto, aunque el comercio independiente les ofrezca mercancías mejores y más baratas y aunque desearan recurrir a él, no pueden hacerlo por falta de fondos. Sin consumidores que lo sostengan, el comercio se arruina, y la tienda de raya se enriquece robando a los trabajadores.

El jornalero del campo vive todavía en peores condiciones. Trabajaba de sol á sol, y en la mayor parte de la República, un jornal no pasa de 37 cts. diarios, descendiendo hasta 15 cts. Si en

algunos lugares llega a ganar 50 cts. es excesivamente raro. Casi á todos los jornaleros les tienen inventada sus amos una deuda fabulosa, que, naturalmente, los infelices no pueden saldar. Con esa deuda, los jornaleros están para siempre atados al servicio de un señor feudal, que los explota y los veja. En muchas Haciendas es costumbre aplicar a los jornaleros crueles castigos por la menor falta. El tantismo y la ignorancia pesan soberanos sobre la gente de campo, que carece de escuelas y tiene sobra de frailes.

En muchos puntos de Yucatán y en Ozuama y Valle Nacional, de Oaxaca, existe la esclavitud, esclavitud absoluta y efectiva, reproducción de los tiempos bárbaros, motivo de vergüenza y de luto para la patria infortunada. Hombres de nuestra raza y nuestra sangre, mexicanos, hermanos nuestros, se arrastran bajo el látigo de los esclavistas, agotan sus energías en labores tremendos, y mueren abandonados, solos, maldiciendo á sus verdugos, sin que nadie recoja de sus labios la historia de sus penas inmensas y la herencia de sus odios formidables.

Los mexicanos todos deberíamos recoger esos odios justos y vengar á esos parias sacrificados. En la conciencia de la Nación entera debería pesar ese crimen de que son víctimas los más humildes de nuestros hermanos, los más desamparados, los más dignos de protección. Sus infortunios debieran conmovernos.

Esos desgraciados siervos están condenados á trabajar como bestias, á sufrir tormentos inquisitoriales y vivir hambrientos y desnudos. La finca en que trabajan es para ellos una prisión, pues jamás se les permite salir por temor de que se fugen. Algunos lo hacen, sin embargo, burlando la vigilancia de sus verdugos, pero al conocerse su fuga son perseguidos, no ya por el esclavista á quien pertenecen, sino por las fuerzas del Gobierno, que están al servicio de los negreros. Cuando los esclavos no pueden ya trabajar, ó enferman á consecuencia de las fatigas y los tormentos sufridos, se les abandona, se les niegan alimentos y medicinas y se les deja morir miserablemente.

No sólo los nativos de los Estados en que hay fincas de esclavistas proporcionan contingente para ellas. De muchas partes de la República se llevan rebaños de siervos para esos lugares de desolación y de muerte. Los indios yaquis que han logrado escapar á la muerte en la guerra ínicua que se les hace, después de haberles robado sus tierras, son vendidos por Ramón Corral á los esclavistas yucatecos. A los mismos esclavistas y á los de Oaxaca, les venden hombres muchas de las autoridades del país. El vil comercio de carne humana florece en México, autorizado y practicado por los servidores de la Dictadura.

Sobre el pueblo mexicano pesan todas las opresiones y todas las miserias. El Gobierno y el clero lo oprimen y lo embrutecen para robarlo. El capitalista se aprovecha de las condiciones en que la tiranía ha puesto al pueblo, y lo roba también. Los extranjeros, que quizá llegaron al país dispuestos á trabajar, se encuentran con el ejemplo de los opresores, con la complacencia servil del Gobierno, con un estado social en que nada produce el trabajo honrado, en que sólo el abuso y la infamia dan mérito y poderío, y los extranjeros, sin afecto al país, sin piedad para un pueblo que no es el suyo, favorecidos por el Gobierno que se les humilla, arrojan de su conciencia los pocos escrúpulos que pudieran tener, y se entregan, como todos, al latrocinio.

En México no hay riqueza pública ni prosperidad nacional. Si hay simplemente riqueza y prosperidad, ellas son exclusivas patrimonio del grupo opresor y explotador, formado por el Gobierno y el Clero, y por sus amigos, unos cuantos capitalistas nacionales y extranjeros. La miseria de la inmensa mayoría de los mexicanos, afecta más al país que los millones acaparados por unos pocos, y constituye nuestra miseria pública: pública, porque es de la mayoría, porque es general, porque donde quiera se siente y se lamenta.

Así vivimos. Arriba, una casta privilegiada de gobernantes, sacerdotes, ricos y extranjeros, en la opulencia, en la dicha, disfrutando de todos los honores, embriagados en todos los placeres, sin pensar en las víctimas con cuya sangre y cuyas lágrimas amasaron esa felicidad en que se mecen . . . abajo, la falange inmensa de los oprimidos, de los parias sin derecho á la libertad ni á la dicha, haraposos y hambrientos, extenuados por las fatigas, sombríos por los dolores, con relampagueos de odio y llamadas repentinas de indignación en la pupila reveladora y taciturna . . .

La tiranía con todo su rigor y sus brutales represiones, no ha po-

did impedir que contra esa situación insostenible se levanten protestas rugientes y se inicien patrióticos esfuerzos. Se ha luchado, y uno tras otro, han ido encadenándose los distintos esfuerzos que se han hecho ya por el país en general ó ya por algunos de los Estados, hasta llegar á la última campaña que indudablemente será la definitiva.

En los primeros tiempos, el Dictador trató de evitar la oposición haciendo desaparecer á los luchadores y á los hombres de popularidad. Así cayeron Corona, García de la Cadena, Donato Guerra, Ignacio Martínez, Olmos y Contreras y tantos otros, cuyo recuerdo guardamos con veneración y con cariño. Pero esos crímenes no podían transformar en satisfacción el descontento que se sentía; y si como medidas de terror, pudieron detener fugazmente los ataques á la tiranía, produjeron sordas indignaciones que se manifiestan hoy arrojando al rostro de Porfirio Díaz aquellos asesinatos infames.

Algunos mal organizados movimientos revolucionarios, fueron fácilmente aplastados con hecatombes como la del 25 de Junio y con otras medidas terribles, y el país, cansado de tanta revuelta y horrozo de tanta sangre, se propuso no emplear en sus luchas contra la Dictadura otros medios que los del civismo y del orden.

Esas pacíficas intenciones no se han llegado á quebrantar. Cuantas oposiciones han surgido en distintos puntos del país, han sido ordenadas y respetuosas, sin embargo de lo cual nunca han llegado á obtener el triunfo más insignificante. Una tras otra fracasaron á pesar de su legalidad y á pesar de que humildes y modestas se acercaban al Autócrata para pedirle una concesión ó un beneficio que no se atrevían á reclamar con energía, precisamente para salvarse de los cargos de trastornadores é insolentes. Nadie pudo creer entonces que el civismo era eficaz para combatir á la opresión; se consideró más bien, y no sin razón, que no era civismo sino á medias levantarse en oposición contra un cacique secundario y al mismo tiempo rendir sumisión al verdadero tirano. En los criterios más independientes quedó la convicción de que el pueblo todavía podía triunfar si ejercitaba el civismo con independencia, esto es, si ejercitaba sus derechos energicamente, desdenando cualquier transacción con la Dictadura y resolviéndose á conquistar lo que anhelaba por su propio esfuerzo. Se conservaba la absoluta seguridad de que el civismo sería la salvación, siempre que estuviera bien ejercitado, pero se temía no ver nunca en México, bajo la tiranía imperante, un espectáculo de completo y verdadero civismo.

Pero el espectáculo se vió, ejemplar, admirable, sin precedente. El pueblo de Coahuila, al combatir contra la última reelección del funesto y rapaz Gobernador Cárdenas, se reveló como pueblo poseedor de todas las imaginables virtudes ciudadanas. Su campaña política fué irrefragable, nada en ella podría criticar el más exigente democrata.

El pueblo todo de Coahuila, en masa, en abrumadora unanimidad, sin que faltara en él una sola clase ó un solo grupo social, se alzó en viril oposición contra su tirano, resuelto á recobrar sus libertades y á darlas á sí mismo un Gobernante honrado que no fuera un lacayo del Dictador. En Clubs y periódicos se sostuvo la lucha, una Convención designó el candidato popular, y por él se aprestaron á votar todos los coahuilenses dignos. El pueblo era fuerte por su número y su organización; el Gobierno era débil por su desprestigio inmenso y su absoluta impopularidad; el triunfo no era dudoso.

Llegó el día de las elecciones, el domingo 17 del presente mes. El pueblo acudió á las casillas á depositar su voto, y allí se encontró con que los esbirros del Gobierno, que de antemano habían establecido todas las mesas, se negaban á recibir votos que no fueran para Cárdenas. Las protestas, la lectura de artículos constitucionales y otros medios cívicos, fueron impotentes para arrancar á los esbirros de las casillas usurpadas ó para obligarlos á tomar en cuenta los votos contrarios á su amo. En vista de ello, el pueblo se retiró, profundamente decepcionado al ver que sus esfuerzos de meses enteros, su civismo ejemplar, su respeto al orden y á la ley, nada valían ante el cinismo de unos cuantos rufiánes que cumplían tranquilamente la consigna de hacer triunfar á Cárdenas, por unanimidad de votos.

Los coahuilenses desconocerán seguramente estas elecciones llenas de ilegalidades y de vicios. La Nación los verá protestar como los ha visto luchar, y quedará perfectamente convencida de que en Coahuila se cometió una gran infamia al usurpar el Gobierno un triunfo

que era del pueblo. Pero todos los medios legales á que acuden los coahuilenses y todo el civismo que puedan desplegar para denunciar la infamia de que son víctimas, no evitarán que Miguel Cárdenas se declare electo por unanimidad de votos y siga saqueando y oprimiendo al Estado, vengándose, además, de los que lo combatieron.

Un hecho queda evidente y doloroso: que el civismo, aun llevado á su mayor perfección como en Coahuila, es impotente como medio de que el pueblo se haga respetar por la tiranía. Los fracasos anteriores pudieron dejar incólume el prestigio del civismo, porque se podía argumentar que otras oposiciones carecían de tal ó cual elemento, que no fueron completas, que su falta de organización ó de independencia las hacía débiles y las exponía á irreversibles derrotas. Pero en Coahuila nada faltaba, no tenía la oposición una sola insuficiencia ni un solo defecto, y sin embargo, fracasó en absoluto. Es que el civismo, la legalidad, la razón, se estrellan sin remedio ante la fuerza bruta del despotismo.

Los coahuilenses hicieron una declaración de que se aprovechó la tiranía. Manifestaron que, no obstante considerarse los más fuertes, no emplearían la fuerza contra sus enemigos, conservarían el orden á todo trance y soportarían burlas y ofensas, antes que dar lugar á que se les llamara revoltosos. La tiranía, pues, vió asegurada su impunidad para cometer abusos: confiada en que el pueblo guardaría el orden, cometió en las elecciones arbitrariedades irritantes, y burló y ofendió á los que se habían declarado dispuestos á soportar burlas y ofensas. Y una campaña admirable, que conquistó simpatías y aplausos universales, que hizo estremecer de esperanza á la Nación, sedienta de libertad, tuvo el doloroso epílogo de una derrota silenciosa y obscura.

Multitud de sacrificios, derroche de energías, sumas inmensas de trabajo, de perseverancia, de abnegación; todo fué inútil, todo lo hizo estéril la tiranía con su salvajismo inapelable. El pueblo llegó pacífico á las urnas electorales, y de ellas fué brutalmente rechazado. No quiso repeler la fuerza con la fuerza, la recomendación de guardar la paz cruzó por su mente, y se retiró, aunque hubiera podido aplastar á sus insultadores, con solo quererlo. No fué un pueblo que se dejó vencer.

La tiranía sonrió satisfecha y burlesca. Eso quería luchar ella sin escrúpulos, sin ley, brutal y calladamente, con un pueblo lleno de atenciones y de miramientos, y obsesionado por un respeto religioso á la paz. Eso quería el despotismo: ultrajar impunemente al pueblo, ahogar la libertad, escudado por el orden; pisotear la justicia al amparo de la tranquilidad pública; ser inviolable, sin respetar el derecho ageno, y seguir enarbolando, en nombre de la paz, el estandarte negro de la opresión.

El precedente es funesto. De hoy en adelante la tiranía extremará sus desenfrenos, segura de que el pueblo no intentará castigarla, por no turbar la paz. La impunidad ha quedado sancionada: el despotismo tiene el derecho de oprimir, de robar, de asesinar, y el pueblo tiene el deber de soportar todos los ultrajes y todas las infamias; el despotismo tiene el derecho de atentar contra la paz con sus crímenes, y el pueblo tiene el deber de conservar la paz con sus resignaciones.

Tenemos fanatismo por la paz. Pero si tan inviolable la consideramos, cómo es que nos abrogamos para nosotros solos el deber de respetarla y no exigimos á la Dictadura que la respete también? ¿Por qué no somos justos? Deberíamos nivelar nuestros derechos con nuestras obligaciones. Aceptemos el deber de conservar la paz; pero exijamos que la Dictadura lo acepte también. Esto no es proclamar un derecho revolucionario, sino sencillamente igualitario.

A grandes rasgos hemos examinado la situación política y social de México en la actualidad. Encontramos males inmensos que corregir, garras horribles que es preciso curar. El despotismo nos ha dado ignorancia y miseria; necesitamos que la libertad nos proporcione ilustración y bienestar. Somos parias: es preciso que nos hagamos hombres.

La Dictadura y las camarillas que á su sombra florecen como envenenados hongos, han creado esta situación que lamentamos. El Reyismo y el Científicismo pretenden suplantar al Partido Liberal, pero no lo consiguen, ni conseguirán tampoco adueñarse del Poder á la muerte del Dictador actual. Ambos grupos llevan imborrables manchas. El primero está capitaneado por el célebre criminal Bernardo Reyes, autor de la hecatombe del 2 de Abril de 1903 y de mil crímenes más; el segundo grupo lo encabeza el aventurero Ramón Corral, conocido por sus robos á los yaquis y por la guerra ínicua que desencadenó sobre esos indios laboriosos y virtuosos. Científicos y reyistas,

aunque odiándose entre sí por rivales de baja ambición, sirven á la actual tiranía y con ella han contribuido ellos mismos á crear la espantosa situación en que se asfixia nuestra Patria. Siendo necesario para el bien de los mexicanos que desapareciera la Dictadura, precisa también la desaparición de los camarillas cómplices, que con su sed de sangre y oro, son una grave amenaza para nuestro porvenir.

Siendo evidente que nuestra situación reclama correjirse, sólo queda por resolver de qué medios debemos valerlos para combatir el actual despotismo y levantar sobre sus ruinas la democracia augusta que anhelamos. Hasta hoy se ha luchado pacífica y francamente, por medios cívicos que si fueron en un principio defectuosos, alcanzaron la mayor perfección en la reciente campaña política de Coahuila. ¿Debemos continuar con esos medios, ó abandonarlos por ineficaces y buscar otros que mejor garanticen el triunfo de nuestros ideales? Esto es lo que sometemos á la consideración de todos los mexicanos.

Por nuestra parte, no podemos desconocer ni dejarnos de apuntar, como se apunta una verdad amarga, el hecho de que el civismo ha sido hasta hoy impotente para contener la tiranía, como lo prueba su ir más lejos, el tremendo fracaso de Coahuila. No consideramos factible en las presentes condiciones, una lucha pública y abierta, y los medios que vamos á ofrecer para combatir al despotismo, son los que consideramos como los únicos posibles.

Necesitamos hacernos fuertes, y para conseguirlo debemos uniros y organizarnos. Mientras estemos divididos y aislados, la liga poderosa de nuestros enemigos nos batirá fácilmente, y no podremos adelantar un paso. Somos miembros dispersos de un Partido, el Partido Liberal, y no nos falta sino uniros para hacernos respetar. Organizémosnos, pues, que los hombres de principios liberales se agrupen bajo la misma bandera y que todos y cada uno contribuyan con sus energías y sus elementos pecuniarios é intelectuales al fortalecimiento y progreso del partido libertador.

He aquí, en pocas cláusulas, los medios de reorganizar nuestro Partido.

I.—Se constituya la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, con el personal que firma el presente Manifiesto. La Junta existirá públicamente y residirá en un país extranjero para estar á salvo, hasta donde sea posible, de los atentados del Gobierno de México. Trabaja por la reorganización del Partido Liberal y con los elementos que los correligionarios le proporcionen, luchará por todos los medios, contra la Dictadura de Porfirio Díaz. REGENERACION será el órgano oficial de la Junta.

II.—Los ciudadanos mexicanos que estén de acuerdo con las ideas de este Manifiesto y anhelan la libertad de la Patria, constituirán en las poblaciones en que residan, agrupaciones secretas que estarán en comunicación con esta Junta. Se aconseja á los correligionarios que se reúnan en las poblaciones prescindiendo de inútiles formalidades. Lo único que se pide es que los ciudadanos liberales de cada población se reúnan de tiempo en tiempo para tratar de los asuntos políticos del país y mantenerlos correctamente con esta Junta, ya para comunicarle noticias políticas, ya para proponerle proyectos, ó ya simplemente, para conservar con ella las relaciones establecidas. Se encarece á los correligionarios que constituyan uniones lo más numerosas posible, pero si en algunas partes sólo hay un ciudadano de nuestras ideas, que no por su aislamiento deje de dirigirse á nosotros.

III.—Los grupos ó ciudadanos que secundan la presente excitativa, lo comunicarán á esta Junta, que inscribirá sus nombres entre los miembros del Partido que se reorganiza. Esos grupos y ciudadanos enviarán mensualmente á la Junta según los recursos y voluntad de cada uno, una contribución que se invertirá en los gastos que requiera el cumplimiento de la cláusula siguiente:

IV.—La Junta, aparte de sus trabajos propios, procurará el fomento de publicaciones oposicionistas en México, distribuidas en los lugares de los liberales que se encuentren en la pobreza, sostendrá á los que la Dictadura encarceló y despojó; y si se dan casos de que un funcionario público pierda su posición por haber cumplido con su deber, también lo ayudará. Anhelamos hacer efectiva la solidaridad entre los liberales y para ello contamos con el apoyo eficaz de nuestros correligionarios.

V.—La Junta guardará absoluto secreto sobre los nombres de los adeptos. No comunicará entre sí á las distintas agrupaciones ó personas afiliadas, sino hasta convencerse de que son verdaderamente leales á la causa. Pero si algún miembro del Partido no desea en ningún caso ser comunicado con los demás, se servirá declarararlo y la Junta respetará su voluntad.

Por estos medios nos organizaremos sin peligro, y cuando tengamos fuerza nuestro Partido, podrá desplegar sus banderas y entablar la lucha decisiva, frente á frente de la odiosa tiranía.

MEXICANOS:

Inmensos son vuestros infortunios, tremendas vuestras miserias, y muchos y terribles los ultrajes que han humillado vuestra frente en sets cargos lustros de despotismo. Pero sois patriotas, sois honrados y nobles, y no permitiréis que eternamente prevalezca el crimen. El Partido Liberal os llama á una lucha santa por la redención de la Patria: responded al llamamiento, agrupaos bajo los estandartes de la Justicia y del Derecho y de vuestro esfuerzo y de vuestro empuje, sacja augusta la Patria, para siempre redimida y libre.

Reforma, Libertad y Justicia.

St. Louis, Mo., U. S. A., Septiembre 24 de 1905.

Presidentes, Ricardo Flores Magón — Vicepresidente, Juan Sarabia — Secretario, Antonio I. Villarreal — Tesorero, Enrique Flores Magón.—1er Vocal, Prof. Librado Rivera — 2º Vocal, Manuel Sarabia — 3er Vocal, Rosalío Bustamante

NOTA.—Encarecemos la mayor circulación y reproducción e impresión de este Manifiesto.